

CAPÍTULO IV

LA POLÍTICA DE MONTMORENCY (1)

I. La Europa después de la paz de Cambray. — II. La alianza franco-inglesa. — III. Italia y la alianza franco-papal. — IV. Alemania y los turcos. — V. Carlos V en Túnez. — VI. Ruptura con Carlos V. — VII. Las legiones nacionales. — VIII. La campaña de Provenza. — IX. Niza y Aigues-Mortes. — X. Inteligencia cordial con el emperador.

I.—La Europa después de la paz de Cambray

Después de 1530, Montmorency fué el verdadero jefe del gobierno: gran maestre de palacio y gobernador del Langüedoc desde 1526, había desempeñado un papel preponderante en los acontecimientos que determinaron el tratado de Cambray, y había sido el encargado de llevar a cabo el rescate de los Hijos de Francia, condición esencial para que la política real recuperase su libertad de acción. Realizado con feliz éxito su cometido, su crédito no tuvo límites y fué considerado como el hombre indispensable.

En aquel entonces, heredaba por muerte de su padre, acaecida en 24 de mayo de 1531, los dominios de Montmorency, de Beaumont-sur-Oise, de Compiègne, de Chantilly, de Ecouen, de la Isle-Adam y de Feren-Tardenois, convirtiéndose en uno de los más ricos señores territoriales del reino; y su título de «primer barón de Francia» le conquistaba un puesto aparte en la nobleza, en una época en que habían casi desaparecido las grandes familias feudales antiguas. Además, en 22 de septiembre de 1531, fallecía Luisa de Saboya, y de los ministros del primer período del reinado no quedaba más que Duprat, que estaba muy viejo y no gozaba cerca del rey del mismo favor que antes. Por otra parte, el monarca se rodeaba cada vez más de nobles y el gobierno, que durante mucho tiempo había sido de hombres de la clase media, volvía a ser aristocrático (2).

Montmorency, tan amigo como servidor del rey, aparentó querer aliviarle del tráfago de los negocios públicos, cuyo peso tomó enteramente sobre sí; captóse la voluntad de la reina Leonor, olvidada por su esposo casi inmediatamente después de la boda, pero que por la gran posición de su hermano y por la necesidad de estar en buenas relaciones con éste ejercía cierta influencia en la política; y finalmente cimentó su autoridad sobre la consideración que á Carlos merecía: «El es, escribía Carlos, quien entiende y sabrá dirigir mejor y guiar de buena manera y con dulzura los negocios, pues tiene buen celo en bien de la paz como ningún otro de los colaboradores de esta corte.» Y á su vez Montmorency escribía á Margarita de Austria: «La cual (amistad) espero ver aumentar, con placer de nues-

(1) Véanse acerca de este capítulo las fuentes y las obras indicadas en la página 265 y particularmente Lanz, Charriere, Weiss, Decrue, von Bucholtz, Janssen. Remito anticipadamente á mis lectores á la tesis francesa de V. L. Bourrilly sobre *Guillermo du Bellay, señor de Langey* (1491-1543) que he podido leer en manuscrito en el momento en que redactaba el presente capítulo y que me ha servido para completar ó rectificar muchas indicaciones. Las obras especiales las citaremos á medida que exponamos los hechos.

(2) Véase págs. 69, 180, 185 y 199.

rey de los romanos; los turcos han sido rechazados delante de Viena; en Cambray ha sido el dispensador de la paz, y ha intentado, en Augsburgo, ser el árbitro de las creencias. Aunque no ha triunfado en todas partes ni completamente, ha llegado á la cúspide de la gloria y del poder.

En aquella misma fecha, el rey de Francia ha perdido el Milanesado; se ha visto excluído de Italia, y ha renunciado á la soberanía tradicional sobre la Flandes y el Artois. El primero de estos hechos, sin embargo, no interesa al fondo de nuestra historia; en cuanto al segundo, de gran trascendencia para el porvenir, podía parecer secundario á los contemporáneos porque se trataba de derechos reducidos casi al estado de fórmulas.

Francia, después de tantos reveses, resultaba moralmente disminuída, pero permanecía intacta puesto que conservaba la Borgoña, al mismo tiempo que la reunión de los dominios de Borbón á la corona aumentaba el poderío de la realeza.

Francisco I había cometido muchas faltas: mala elección de hombres, torpezas é ineptitud ó negligencia en los negocios; y si pudo resistir, recobrase del desastre de Pavía y salvar la Borgoña, fué porque había en el reino fuerza y vigor. Fué también porque el emperador tuvo enemigos por todas partes: los turcos, muy temibles; en Alemania, los reformados y los príncipes católicos, los primeros luchando por su libertad religiosa, los segundos por su independencia política y unos y otros adversarios de la monarquía imperial; en Italia, casi todos los príncipes que no se conformaban con que se restableciera la autoridad del *rex Langobardorum*; y al mismo tiempo la «tiranía» imperial mortificaba y aun ofendía al rey de Inglaterra. La Francia, principal adversario de Carlos V, contaba con muchas simpatías: unas se le habían ofrecido espontáneamente; otras fueron por ella misma solicitadas. El rey tuvo el mérito de hacerse cargo de ello; se consideraba tan útil á sus aliados, que pensó que, aun en el caso de abandonarlos, se verían obligados á recurrir nuevamente á él. Fué aquella una situación original, extraordinaria, y Francisco I, á pesar de su gran ligereza, llegó á sacar de ella casi una política que, después de él, se concretará y acabará por ser la política nacional: Francia será hasta los tiempos de Luis XIV la defensora de la Europa moderna contra el imperio, esa supervivencia de la Edad media y de Roma, incorporado á la casa de Austria.

Además, el emperador nunca extremó la lucha contra el reino; apenas lo atacó en sus obras vivas, al Nordeste ó en Borgoña, invadiendo sólo una vez la Provenza, y aun entonces no tanto por su propio impulso como movido por el condestable de Borbón; y cesó en sus ataques después de Pavía. Parece como que, comprendiendo que toda Europa estaba en contra suya, se dió también cuenta de la extraordinaria fuerza de resistencia y de la vitalidad de Francia.

Todavía pondrán menos en tela de juicio la unidad territorial de Francia las guerras de 1531 á 1547, puesto que, por confesión del propio emperador en Cambray, la cuestión de Borgoña queda terminada. Estas guerras, en realidad, no serán más que luchas de preponderancia en las cuales servirá de envite el Milanesado.

tro señor, y fortalecerse de tal suerte que será para permanecer siempre inseparable. Podéis estar segura, señora, de que para lograr esto, ni el rey ni la señora vuestra hermana perdonarán nada que buenamente puedan hacer para contribuir á ello de su parte.»

Iba, pues, á ser el representante de la política de paz y casi de alianza con el emperador, que se amoldaba con sus doctrinas de absolutismo monárquico y con sus conservadoras ideas religiosas.

Preciso es reconocer, por otra parte, que después del tratado de Cambray la única actitud posible para Francia era la de recogimiento: Francisco I no podía pensar en violar una vez más sus compromisos, para substraerse á los cuales no tenía ninguno de los pretextos que había invocado contra el tratado de Madrid; además, érale preciso reconquistar la opinión europea, porque sus antiguos aliados continuaban muy irritados contra su deslealtad y los alemanes no estaban dispuestos á fiarse de un príncipe que olvidaba las promesas hechas así á sus amigos como á sus adversarios. Y finalmente sabía que Francia había agotado ó poco menos sus recursos en hombres y en dinero.

Pero el tiempo y las circunstancias seguían trabajando en favor suyo. En Alemania, los príncipes persistían en poner en tela de juicio la legitimidad de la elección de Fernando como rey de los romanos, y los luteranos protestaban contra las decisiones de la dieta de Augsburgo y se agitaban. Desde diciembre de 1530 hasta marzo de 1531, los electores ó príncipes luteranos de Sajonia, Hesse, Anhalt y Brunswick y los delegados de once ciudades libres, reunidos en conferencia en Smalkalde, constituyeron allí la famosa liga que convertía al partido luterano en un Estado soberano, dotado de recursos políticos, militares y financieros. Ahora bien, aunque los confederados declararon con insistencia que reconocían la soberanía imperial, el solo hecho de coligarse demostraba sobradamente que querían restringir el ejercicio de la misma; y en efecto, inmediatamente buscaron alianzas en Lorena, en Suiza, en Dinamarca, en Venecia y en Francia.

Solimán, á pesar de su fracaso delante de Viena, seguía siendo temible y temido; había dispuesto de Hungría en favor del candidato antiaustriaco, Juan Zapolya, «que se inclinó ante su faz;» había recibido embajadores de casi todos los príncipes de Europa, incluso del emperador y de Fernando, cuyos ofrecimientos rechazó, y proseguía sus armamentos por tierra y por mar, amenazando de esta suerte á Alemania por un lado y por otro á los Estados mediterráneos.

Francisco I y el propio Montmorency, que á pesar de su espíritu pacífico no dejaba de tomar precauciones, continuaron manteniendo inteligencias con los enemigos secretos ó declarados de Carlos, tales como los príncipes alemanes, los luteranos, los húngaros, los otomanos, el rey de Inglaterra, el papa y los venecianos.

Desde 1531 hasta 1535, el rey de Francia y el emperador no cesaron de vigilarse recíprocamente y de jugar políticamente sobre seguro, partiendo casi siempre de Francia la ofensiva. La muerte casi simultánea de Margarita de Austria (diciembre de 1530) y de Luisa de Saboya (septiembre de 1531) contribuyó á comprometer la paz que había logrado la obra de estas dos damas y

por la que ambas se interesaban extraordinariamente. Además, el principal consejero de Carlos V desde hacía diez años, el canciller Gattinara, fué reemplazado, al morir en 1530, por el cardenal Granvela, quien, á fuer de hijo del Franco Condado, hallábase más dispuesto á reavivar la antigua querrela borgoñona entre Francia y el Austria.

En aquel momento, la diplomacia trabaja en toda Europa. Francisco I tiene en Alemania, en Italia, en Inglaterra, en Suiza y en Turquía representantes que escoge principalmente entre los obispos, los magistrados, la gente togada y hasta entre los eruditos; cerca de Carlos V acreditó á Dodien de Vely, que fué nombrado obispo de Rennes en 1541; cerca de Enrique VIII, á Juan de Dinteville, á Juan du Bellay, obispo de París, y á M. de Castillón; y cerca del papa á los cardenales de Grammont y de Tournón. También confió algunas misiones á hombres de guerra; así Guillermo du Bellay fué enviado en tres ocasiones cerca de los protestantes alemanes antes de recibir el encargo de defender y gobernar el Piamonte. En Venecia, el embajador francés, á partir de 1529, fué el humanista Lázaro de Baif.

Formáronse entonces familias de diplomáticos: Juan de Selve, primer presidente de los Parlements de Ruán, de Burdeos y luego de París, fué embajador cerca de Carlos V en 1525, y de sus cinco hijos, Lázaro fué gentilhombre de cámara y embajador cerca de los cantones suizos; Juan Francisco, embajador en Turquía; Juan Pablo, obispo de Saint-Flour, desempeñó varias misiones en Roma y en Venecia; Odet, consejero del parlamento de París y del Gran Consejo, fué embajador en Roma y en Inglaterra; y Jorge, obispo de Lavaur, embajador en Italia, en España y en Alemania. Francisco I tuvo además multitud de agentes secretos que se diseminaron por toda Europa y á quienes confiaba comisiones comprometedoras, sin perjuicio de desautorizarlos cuando sus gestiones daban malos resultados.

La situación de los embajadores era casi siempre precaria y difícil, porque apenas si se les reconocía un derecho á la inviolabilidad en los países en donde estaban acreditados; pero su mayor embarazo provenía (y así será durante mucho tiempo) de sus relaciones con sus gobiernos á causa de la dificultad de las comunicaciones y de la rapidez con que los hechos y las combinaciones variaban, así es que si querían tomar alguna iniciativa, cosa verdaderamente imprescindible, se exponían á ser tardíos con relación á los acontecimientos ó al pensamiento momentáneo de un ministro. Y, por último, se les pagaba muy mal y muy irregularmente.

Después de las conclusiones de la liga de Smalkalde, Francisco I había enviado á Guillermo du Bellay cerca de los confederados con la misión de prometerles el socorro de Francia «para la defensa de la libertad germánica;» y en mayo de 1532 firmó con los duques de Baviera, con el duque de Sajonia, Felipe de Hesse, y algunos otros príncipes alemanes, el tratado de Scheyern, por el que ambas partes contratantes se obligaban á apoyarse mutuamente y Francisco I adquiría el derecho de reclutar tropas en los países de sus aliados. El monarca francés, al mismo tiempo, agitaba el Palatina-

do y tenía emisarios en la región renana; apoyaba por bajo mano la reivindicación del Wurtemberg intentada por el duque Ulrico que había sido despojado en 1521, y se esforzaba en impedir todo acuerdo entre Fernando de Austria y Zapolya.

En Suiza había estallado la guerra entre protestantes y católicos (1): Francisco I se mostró más bien favorable á los primeros, que estaban capitaneados por Zwinglio, y aun se afirmaba que sus agentes Boisrigault y Lamberto Megret se deleitaban en la lectura de los libros heréticos. Cuando el emperador le pidió que, en unión de él, interviniera en Suiza, intervención que seguramente no habría redundado en favor de los reformados, el rey de Francia contestó que no quería meterse en un asunto «en el que sólo había golpes y gasto de dinero.» Sin embargo, como todo el mundo, incluso Carlos y el papa, excitaban á la conciliación, se firmó la paz en 1531, escribiendo con tal motivo Boisrigault que «hasta las mujeres acudirían en socorro de Francia,» hasta tal punto se atribuía al rey el mérito de haber defendido los intereses de los cantones.

Las amenazas de los turcos dejaron en suspenso los efectos de esta política y fueron causa de que los príncipes alemanes se reconciliaran con el emperador, quien, por otra parte, hizo algunas concesiones, prometiendo en la dieta de Ratisbona, que estuvo reunida desde abril hasta julio, hacer todo lo necesario para conseguir la reunión de un concilio general, durante tanto tiempo reclamado por los reformados, y firmando en agosto con Sajonia y sus aliados el tratado de Nuremberga. Francisco I, que quería evitar que pudieran achacarle poca ó mucha culpa de la invasión inminente de Alemania por los ejércitos otomanos, declaraba á los embajadores de Zapolya que no apoyaría á éste contra el Austria y enviaba á Rincón (2) á la corte de Solimán con la misión ostensible de hacerle desistir de la guerra.

Cuando el emperador le intimó muy hábilmente que defendiera la cristiandad, apeló á subterfugios, negándose á conceder socorros en dinero, «él que toda su vida había querido encontrarse en persona en las guerras que había emprendido;» proponiendo una inteligencia directa con los príncipes alemanes para organizar la defensa de Alemania, ó también ofreciendo enviar á Italia un ejército destinado á combatir al Turco. Harto sabía que no se prestaría á esto el emperador, el cual escribía: «La voz pública dice que el dicho señor rey pretende formar ejército y aun reclutar gentes de las referidas ligas para acometer una empresa de fuerza contra el ducado de Milán y contra Génova.»

En cuanto á Solimán, «maravillábase de que el rey hiciera tal petición (de la paz) en favor de un hombre (el emperador) que tan mal le ha tratado.» En 1532, lanzó sus ejércitos á Hungría y su flota al Mediterráneo, pero rechazado delante de la pequeña plaza fuerte de Güns, heroicamente defendida, regresó en noviembre á Constantinopla, no sin antes haber devastado las provincias austriacas. En el entretanto, su flota había sido vencida por la de Doria.

En aquel momento, el emperador parecía dueño de

(1) Hyrvoix, *François I et la première guerre de religion en Suisse, 1529-1531*, «Revue des Questions historiques,» tomo LXXI, 1902.

(2) Respecto de Rincón, véase anteriormente, pág. 284.

la situación, porque disponía de las considerables fuerzas alemanas reclutadas contra los turcos é inutilizadas. Francisco I, Enrique VIII y los italianos estaban sumamente alarmados, mas ello no fué obstáculo para que Carlos entablara negociaciones en todas partes: con Clemente VII, á quien vió en Bolonia desde diciembre de 1532 hasta febrero de 1533; con los alemanes y hasta con Solimán, de quien consiguió un armisticio en julio de 1533. Esta política creaba descontentos entre sus aliados y servidores, quienes le echaban en cara su inercia en tan propicias circunstancias: «Guerreamos como á nuestro emperador le ha gustado siempre hacerlo; imitando al buey, que, cuando se ve instalado en un pasto abundante, se agacha, come y rumia, y luego, cuando vuelve á acosarle el hambre, avanza despacio para procurarse pasto nuevo.» Pero Carlos discernía mejor que ellos las dificultades de la situación, por muy gloriosa que fuera para él, y veía prepararse en todas partes una coalición eventual contra él dirigida.

II.—La alianza franco-inglesa (3)

Lo mismo después que antes de 1530, Francisco I había considerado la alianza con Enrique VIII como el principal medio de acción de su política, tanto más cuanto que á nadie se ocultaba que el rey de Inglaterra, desde que se había enamorado de Ana Bolena, subordinaba todos sus planes al buen éxito de su proyecto de divorcio con su esposa Catalina, tía del emperador. Muerto en desgracia, en 1530, el primer ministro inglés Wolsey, no tardó en sucederle Tomás Cromwell, hombre brutal y resuelto, escéptico y nada escrupuloso, que sin dejar de apoyar el capricho de su señor, se propuso establecer en Inglaterra el poder absoluto y rebajar á la nobleza y al clero hasta anularlos ante el rey.

Enrique VIII, que ya no podía dudar de la hostilidad de Carlos V ni de la mala voluntad de Clemente VII, habiase unido como desesperadamente á Francisco I, á partir de 1529, y había intentado obtener de la facultad de Teología de París una declaración en pro del divorcio. Defendida por Guillermo du Bellay, tan extraña demanda halló vivísima oposición en la facultad que dirigían Noel Beda (4) y el español Garay; y sólo merced á una sorpresa y después de varias sesiones en extremo tumultuosas consiguió du Bellay, en 2 de julio de 1530, ver adoptada por una pequeña mayoría la decisión solicitada por Enrique VIII (5). Este desterró entonces de la corte á la reina Catalina y en 1531 y 1532 dirigió vigorosamente la campaña contra la supremacía tradicional del Papado sobre la Iglesia de Inglaterra. De esta suerte se preparaba la ruptura de Enrique VIII

(3) P. Friedmann, *Anna Boleyn*, 2 vol., 1884 (traducción francesa de Ligné Philippon y Delfin Meunier, 2 vol. 1902). El P. Hamy, *Entrevue de François I avec Henry VIII á Boulogne-sur-Mer en 1532. Intervention de la France dans l'affaire du divorce*, 1898. L. Bourrilly, *François I et Henry VIII. L'intervention de la France dans l'affaire du divorce* («Rev. d'hist. mod. et contemp.» tomo I, 1899). A. Dreux, *Le premier divorce d'Henry VIII*, «Posit. des thèses de l'Ec. des Chartes,» 1900.

(4) Respecto de Beda, véase pág. 239.
(5) En realidad se trataba de anular la bula de Julio II que había autorizado el matrimonio de Enrique VIII con Catalina, á pesar de haber ya estado ésta casada con el primer príncipe de Gales, Arturo, muerto prematuramente.

con la Iglesia. Clemente VII hallábase perplejo entre el rey de Francia y el emperador, y durante dos años estuvo contemporizando; pero al fin, en julio de 1532, emplazó á Enrique para que en octubre compareciera en Roma, bajo pena de ser declarado contumaz. «No puedo creer, escribía Carlos, que el rey de Francia sea tan ciego para estar en connivencia con la sensualidad del dicho señor rey de Inglaterra.» Francisco I mostrábase muy vacilante, pues temía las consecuencias que para Francia podía tener un cisma en Inglaterra, en el momento en que el protestantismo parecía amenazarle en su propio reino; así es que no deseaba una solución rápida en la cuestión del divorcio, porque mientras durara podía contar con Enrique VIII, ni deseaba tampoco todavía romper con el emperador ni con el papa.

Enrique VIII y Francisco I convinieron en celebrar una entrevista, fundándola en el pretexto tan socorrido y con tanta frecuencia empleado del peligro turco: «Y se dirá que el motivo de la entrevista es la defensa de los territorios y señoríos de los dichos reyes en contra del común adversario de nuestra santa fe, el Turco... no obstante que su intención pueda ser ponerse de acuerdo al mismo tiempo para ver cómo los dichos señores reyes podrán fastidiar y subyugar á sus enemigos y á aquellos que quieran arrogarse la monarquía de toda la cristiandad y cortarles los cuernos.»

Los detalles de la entrevista habían sido fijados de antemano por Cromwell y Guillermo du Bellay. Francisco I y Enrique VIII se avistaron en octubre de 1532 y estuvieron algunos días juntos primero en los alrededores de Boloña y luego en los de Calais, en medio de las acostumbradas fiestas que recordaron con menos suntuosidad, pero con más cordialidad, según se dijo, las ceremonias tan famosas del Campo de la Tela de oro. Ignórase á punto fijo qué resoluciones se adoptaron, aunque se sabe que allí se trató del divorcio, acerca del cual Francisco I reiteró la promesa de interponer sus buenos oficios, y de que el rey de Francia celebrara una entrevista con Clemente VII, con el pretexto de servir mejor de esta suerte cerca del papa los intereses de Enrique VIII. Mas bien pudiera ser que en aquella circunstancia Francisco engañara á su aliado, pues hacía mucho tiempo que deseaba reconciliarse con el papa, cuya sobrina Catalina había pedido en matrimonio para su segundo hijo Enrique. Los dos monarcas se limitaron ostensiblemente á firmar un tratado contra Solimán, pero este recurso no podía engañar á un diplomático tan experimentado como el emperador.

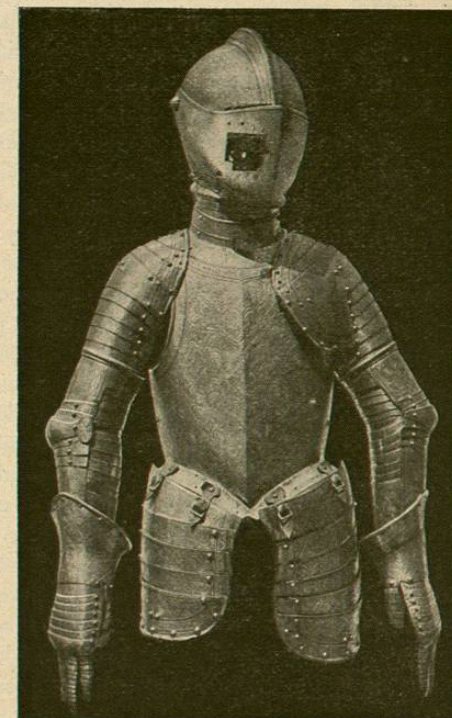
De todos modos, la política violenta que poco después siguieron Enrique VIII y su ministro casi no dejó nada en pie de los efectos posibles de la entrevista de Boloña. En enero de 1533, el rey de Inglaterra celebraba secretamente su enlace con Ana, que ya estaba embarazada, y en mayo hacía público su matrimonio.

Y más tarde, cuando Clemente VII le excomulgó suspensivamente é hizo proclamar la validez del matrimonio con Catalina de Aragón, Enrique VIII contestó rompiendo con la Santa Sede y consumando el cisma anglicano á fines de 1534. En estas condiciones, era muy difícil que subsistiera la alianza íntima entre los soberanos de Francia y de Inglaterra, alianza que, muy

comprometida ya en 1533, trocóse en 1534 en una neutralidad bastante fría por ambas partes.

III.—Italia y la alianza franco-papal

Después del tratado de Bolonia (1), Italia disfrutó de un período de reposo á pesar de ser el emperador en ella omnipotente, pues contaba con la adhesión de Clemente VII, á quien alarmaban los progresos de la Reforma; de Francisco Sforza, que gracias á su «clemencia» había recobrado el ducado de Milán; del du-



Armadura de Filiberto duque de Saboya

que de Ferrara, que necesitaba de él contra el papa; del marqués de Mantua, á quien había elevado á la dignidad ducal; y del duque de Saboya, á quien había cedido Asti y había por un momento pensado en conceder el título de rey. Carlos comprendía sobre todo la importancia que tenía para él esta última alianza: «De tal manera que es la entrada de la Italia por los dos ó tres puntos más sospechosos;» y por esto el duque de Saboya, de quien apenas se había hablado hasta el año 1529, á partir de esta fecha aparece casi en todas las páginas de la correspondencia del emperador. Venecia era la única que guardaba una actitud reservada.

Francisco I no conservaba más que el protectorado del pequeño Estado de la Mirándola, en donde tenía una guarnición, y sin embargo no renunciaba á sus proyectos relativos á Italia, ora porque quisiera restablecer allí su dominación, ora porque buscara en la península un punto de apoyo para reanudar la lucha contra Carlos: «Todos los desórdenes que puedan suscitarse y mantenerse en Italia redundarán en ventaja del rey,» escribía Montmorency. Y como el emperador declaraba que Italia era la sede y el fundamento de su poder, el antagonismo seguía siendo irreductible.

(1) Véase anteriormente, pág. 296.

Italia volvió, pues, á ser con Alemania un campo de batalla diplomático entre el rey y el emperador. Francisco I, á pesar de las dificultades que para él resultaban de su alianza con Enrique VIII, consiguió reconquistar la amistad del papa. Clemente VII padecía la obsesión del temor al emperador y de un ardiente deseo de que su sobrina Catalina (1) entrara en una familia real á fin de consagrar la grandeza de los Médicis. Apenas contaba Catalina seis años y ya habían solicitado su mano numerosos pretendientes, entre ellos el marqués de Mantua, el rey de Escocia y el duque de Milán, y el mismo rey de Francia había presentado en 1524 la candidatura de su tercer hijo, insistiendo después de 1529 más seriamente en su proyecto, si bien entonces su candidato fué su segundo hijo, Enrique. El emperador apoyaba á Francisco Sforza, lo cual avivaba aún más en el rey de Francia el deseo de casar á Catalina con su hijo, á fin de evitar que se consolidara la situación de Sforza en el Milanesado, territorio al que él no pensaba en renunciar. Después de largas y difíciles negociaciones que causaban en los romanos una expectación no exenta de inquietud (todavía en el último momento se apostaba 15 contra 100 que el papa no saldría de la ciudad), decidióse una entrevista entre Clemente VII y Francisco I. Esta entrevista había de celebrarse en Niza, pero el duque de Saboya, evidentemente instigado por Carlos, negó su consentimiento, á pretexto de una enfermedad que asolaba su ducado, y se designó Marsella, adonde llegó el rey en 8 de octubre de 1532 y el papa el 11.

Montmorency había hecho disponer dos palacios, uno para Clemente VII y otro para el rey, «entre los cuales había una calle en la que había mandado construir un gran salón de madera por el que se iba de un alojamiento á otro, el cual salón era muy á propósito... para que en él se reunieran Su Santidad y el rey y estaba enteramente cubierto de muy ricos tapices (2).» Francisco I, acompañado de los príncipes de su sangre y de numerosos cortesanos, «teniendo siempre á su lado al Sr. de Montmorency, su gran maestro,» hizo al papa varias visitas, en las cuales se trató principalmente de la boda de Catalina con el príncipe Enrique, que se celebró con gran pompa en 28 de octubre. Respecto de los demás asuntos tratados no se redactó ninguna estipulación formal, limitándose todo á ciertos compromisos secretos sobre la reconquista del Milanesado, la conquista del ducado de Urbino y la cesión de Parma y Piacenza al rey. También hablaron de la reunión del concilio general, siempre en proyecto, pero que el papa no deseaba convocar; de los protestantes, especialmente de los de Francia; y de Enrique VIII, con el cual Clemente VII prometió contemporizar, á pesar de la actitud altanera de los emisarios ingleses.

(1) Había nacido en 1519. Armando Baschet, *La jeunesse de Catherine de Médicis*, 1854.

(2) En efecto, las cuentas reales mencionan el transporte de los tapices del rey á Marsella. Añyó tanta gente á esta ciudad que en octubre y en noviembre fué preciso llevar á ella trigo (10.000 cargas de Auvernia, 700 almudes de Picardía, 700 de Normandía, etc.), por estar la población desprovista «desde y á causa de la venida del papa.» Siguiendo la costumbre establecida, ofreciéronse presentes á las personas que acompañaban á los dos soberanos: el catálogo de las actas hace mención de un número considerable de joyas y de telas; el historiador Pablo Jove recibió 1.125 libras tornesas.

En realidad, la entrevista de Marsella no dió otro resultado que alejar de Francisco I á los príncipes alemanes y á Enrique VIII, y proporcionarle únicamente una alianza muy precaria con un papa débil y tornadizo. Además, justificaba y aumentaba las desconfianzas del emperador, por lo mismo que ponía de manifiesto las incoercibles ambiciones del rey en Italia.

IV.—Alemania y los turcos (3)

Gran confusión reinó en Europa durante los años 1534 y 1535: «Jamás, en la vida de los vivientes, vióse Alemania tan agitada como ahora,» dice un contemporáneo. La elección de Fernando como rey de los romanos continuaba siendo vivamente discutida y los príncipes católicos se unían para combatir el poder del emperador. Francisco I intervino activamente en la política de los Estados secundarios y envió de nuevo á Guillermo du Bellay para concertar un arreglo entre Baviera y Felipe de Hesse; pero sólo á medias pudo conseguir su intento, pues si por un lado la liga católica de Suabia quedó disuelta y Felipe de Hesse reconquistó á mano armada el Wurtemberg para el duque Ulrico, por otro Fernando de Austria tuvo la habilidad de reconocer el hecho consumado y entrando luego en tratos con la liga de Smalkalde y con Baviera, en junio y julio de 1534, fué reconocido como rey de los romanos, lo cual era un triunfo para él y para Carlos y hacía inútiles los manejos de Francisco I. Esto no obstante, el imperio quedó hondamente perturbado; en efecto, en 1535, ocurrió el levantamiento de los anabaptistas á consecuencia del cual la región renana estuvo por espacio de tres meses en poder de los revoltosos, quienes fueron dueños de la ciudad de Múnster hasta fines de junio. Al mismo tiempo el rey de Inglaterra consumaba el cisma, y Cromwell, nombrado vicario general del rey en 1535, llevaba hasta el último trance la lucha contra el papado y contra la Iglesia católica inglesa.

En aquel momento fué cuando Francisco I, cuyas combinaciones había echado abajo la muerte de Clemente VII, acaecida en 25 de septiembre de 1534, se decidió á aliarse francamente con los otomanos, comenzando á entablar negociaciones con Kheir-ed-Din Barbarroja (4), á quien Solimán había nombrado en mayo de 1533 capitán bajá (almirante) del Mediterráneo y que en agosto de 1534 se había apoderado de Túnez. Barbarroja envió una embajada al rey: «A fines del mes de diciembre (5), llegó á Francia la embajada turca; el rumor que circulaba era que habían venido para hacer alianza con el rey por medio de un matrimonio, y—añade cándidamente el cronista—para hacerse bautizar él (Barbarroja) y su hijo.» Otros hablaban de la negociación de una tregua comercial con el

(3) Añádanse á las obras de carácter general, la principal de las cuales es todavía la de Charriere, V. L. Bourrilly, *Jean Sleidan et le cardinal du Bellay. Premier séjour de Jean Sleidan en France, 1533-1540*, «Bull. de la Soc. de l'hist. du protestantisme français,» 1901; *François I et les protestants; les essais de concorde en 1535*, «Bull. de la Soc. de l'hist. du protestantisme français,» 1900. L. Bourrilly, *L'ambassade de La Forest et de Murillac à Constantinople, 1536-1538*, «Rev. hist.,» 1901.

(4) Véase anteriormente, pág. 265.

(5) En realidad á mediados de noviembre de 1534.

bajá; pero Carlos V sabía que el pretexto tomado «para disfrazar la venida del hombre de Barbarroja» era fútil.

Francisco I, no obstante sus protestas contra las «calumnias» de que era objeto, envió en 1535 á M. de la Forest cerca del sultán: La Forest, como tantos otros diplomáticos, tenía la ventaja, tratándose de una misión á Oriente, de conocer no sólo el italiano, sino también el griego antiguo y moderno.

Carlos, por su parte, había entablado una nueva acción diplomática en Persia á fin de distraer de Hungría y del Mediterráneo las fuerzas de Solimán, cuya política vastísima y en extremo compleja oscilaba alternativamente entre Europa y Asia. Precisamente en 1535 había llevado sus armas contra el Sofi de Persia, el cual por instigación de Carlos había reanudado la lucha, y al frente de un ejército considerable encontrábase en la cuenca del Eufrates.

La Forest había de ir primero á Túnez, en donde se hallaba Barbarroja, dar á éste las gracias por haber ofrecido al rey «su poder y asimismo el ejército de mar, del cual es jefe y director,» é inducirle á que atacara á Génova; después debía dirigirse á Constantinopla para exponer al sultán el deseo de Francisco I de establecer la paz en toda la cristiandad y para indicarle los medios con que contaba para «trabajar grandemente al rey de las Españas» si éste no aceptaba las condiciones que se le proponían. En este caso, pedíase á Solimán que proporcionase á Francia un subsidio de un millón de escudos de oro y la ayuda de su flota, ó que atacara al emperador, no en Alemania, sino en Italia, en donde era mucho más vulnerable. La Forest llegó en mayo de 1535 á Constantinopla, y cuando Solimán regresó de Persia, firmó, en febrero de 1536, el famoso tratado que establecía la supremacía de Francia en el Levante y organizaba al propio tiempo entre ambos países, so capa de una inteligencia comercial, una cooperación política y militar. Sin embargo, solamente se redactó el tratado comercial, y aunque seguramente el tratado político no se formuló por escrito, en realidad los dos príncipes sabían que estaban de acuerdo para la guerra contra el emperador. Esta aproximación á los otomanos públicamente confesada constituía un hecho de trascendencia suma cuyo verdadero alcance y cuyas consecuencias veremos más adelante.

Durante los mismos años 1534 y 1535, trató también Francisco I de aproximarse á Inglaterra: el almirante Chabot fué á Londres y luego celebró en Calais con el duque de Norfolk una entrevista en la que se trató de un matrimonio entre el duque de Angulema, tercer hijo del rey, y la princesa Isabel, hija de Enrique VIII y de Ana Bolena (1).

Francisco I procuraba, sobre todo, mantener relaciones muy íntimas con los alemanes, que si bien descontentos de su política turcófila y aun más de las persecuciones llevadas á cabo contra los protestantes de Francia, necesitaban de su apoyo para luchar contra el emperador. Por este lado, la combinación más notable si hubiese sido algo más que un expediente, consistió en reanudar por cuenta de Francia los proyectos de restablecimiento de la unión entre los católicos y los

(1) La entrevista no dió resultados. Según parece, una vez más irritaron á los ingleses el fausto y las altanerías de los franceses.

protestantes, acariciados desde hacía tanto tiempo por Carlos V (2). Iniciáronse las negociaciones en 1534 con una nueva misión de du Bellay, quien buscó un terreno de conciliación y por un momento pareció salir bien de su empresa; pero la cuestión de los «carteles» y las proscipciones ó los suplicios que fueron su consecuencia, destruyeron aquellos primeros esfuerzos.

El papa Paulo III, que en 1534 había sucedido á Clemente VII, era un personaje de espíritu moderado que, desde su advenimiento al solio pontificio, se esforzó por mantenerse neutral, que parecía resuelto á defender en todas partes las ideas pacíficas, y que hasta intentó negociar con Enrique VIII para atraerlo nuevamente al seno de la Iglesia. Francisco I, de acuerdo con él, reanudó las negociaciones con Alemania, prosiguiendo éstas desde junio hasta diciembre, bajo la dirección de du Bellay, quien se consagraba con celo apasionado á la realización de la alianza de los príncipes alemanes con Francia, para hacer triunfar las ideas de tolerancia á la vez que para abrir brecha en el poderío del emperador.

Entre los luteranos, Melanchton era el principal representante del partido de la concordia, pero encontraba grandes resistencias, aun entre sus amigos. «¡Cómo, decía uno de ellos aludiendo al papa y á los católicos, acaso el lobo puede dejar de ser lobo!» Los violentos triunfaron: Melanchton, que había de ir á París, no fué, de lo que se alegraron tanto la Sorbona como los reformados intransigentes. Por otra parte, dejando á un lado á los príncipes de Baviera que negociaban con todo el mundo y á todo el mundo engañaban sucesiva ó simultáneamente, existía aún en Alemania, á pesar de la oposición á los planes de Carlos ó de su hermano Fernando, un sentimiento nacional, hostil á la ingerencia francesa, sentimiento alimentado por el temor á los turcos y fomentado al mismo tiempo por la política conciliadora de Carlos y de Fernando.

V.—Carlos V en Túnez

En medio de aquel desorden general, el emperador sentía vacilar la tierra en torno suyo: «Tantas intrigas se urden aquí (en Alemania) contra el emperador, escribía uno de sus agentes, que es en verdad cosa muy sorprendente. El francés está metido en el negocio hasta el cuello.»

En tales circunstancias, resolvióse á combatir á Barbarroja, quien, desde la toma de Túnez, parecía dueño del Mediterráneo y asolaba las costas de España, de Italia, de Sicilia y de Cerdeña (3). Carlos V, según su costumbre, reivindicó solemnemente el deber de su misión imperial: «Es preciso, escribía, que yo solo acometa la empresa de defender á la dicha cristiandad en contra de los dichos turcos y Barbarroja;» resolución habilísima al par que heroica en el momento mismo en que Francisco I se agitaba cerca de los alemanes y parecía de acuerdo con el papa. En este papel de protec-

(2) Acerca de estos hechos, véase también págs. 254 y siguientes y consúltese Herminjard, *Correspondence des reformateurs de langue française*, tomo V.

(3) E. Mercier, *Histoire de l'Afrique septentrionale (Berberie) depuis les temps les plus reculés jusqu'à la conquête française* (1830), tomo III, 1891.